

El desarrollo del pregrado en la ULA: algo más que dinero¹

Humberto Ruiz Calderón
E-mail: ruiz@ula.ve

A fines del año pasado en una reunión con directores de escuela y personas que lo han sido recientemente, se indicaban un conjunto de situaciones problemáticas del pregrado que ameritan dedicarles tiempo, esfuerzo y recursos para resolverlas.

Quienes dan clases en el pregrado deben enfrentar la insatisfacción de una parte importante de sus alumnos, por la carrera que estudian. Una profesora de Historia nos refería que más del 40% de sus estudiantes lograron ingresar a la ULA aunque desean cursar otras carreras. Esa situación parece ser común en muchas de nuestras escuelas. Evidentemente es una grave situación para lograr un trabajo signado por el interés y el aprovechamiento del trabajo docente. Es decir, que en el pregrado – en una proporción importante- el ingreso estudiantil es independiente de la vocación y de los deseos de cada cual. ¿Cuál es el costo financiero de ello? ¿Cuál es el resultado en términos de desaliento de los profesores y los estudiantes? Evidentemente debe ser muy alto.

La departamentalización ha hecho que muchos profesores tengan que ofrecer cursos en Facultades diferentes a las suyas. No es extraño que los programas de las asignaturas no se adecuen a las necesidades del currículum de cada carrera. Cursos que pueden ser de gran ayuda en la formación profesional se convierten en verdaderas pesadillas para los estudiantes y para los administradores de las carreras.

La formación para realizar una docencia de calidad es obviada y en su lugar se sigue manejando el criterio del profesor discursador (magister dixi). Se sigue asumiendo que el docente debe “decir”, “explicar”, un contenido. El criterio científico y técnico reciente sobre este tema nos indica que más que recibir y acumular información el alumno debe construir esquemas y significaciones. El papel del docente debe estar centrado en que el estudiante aprenda a realizar ese proceso. Para alcanzarlo es fundamental también despertarle, enseñándole a dudar de manera creadora, alertarlo contra todo formalismo, enseñarlo a pensar, a dudar, a descubrir, a construir, y como lo señala Uslar Pietri, desarrollar en ellos el don más preciado que es “la libertad de conciencia”. En muchos casos, los profesores que realizan los cursos de formación docente, en donde se enseña esto, encuentran que es muy difícil hacer entender estas cosas a sus jefes y supervisores.

Algunas otras situaciones se discutieron en la oportunidad referida. Así, la evaluación de los aprendizajes, en muchos casos, está centrada en el criterio del experto antes que en un mecanismo de corrección y mejoramiento del rendimiento estudiantil y de los profesores; la coordinación del trabajo docente de cada nivel

¹ Frontera, Mérida 15 de mayo de 2000, p. 2-C.

de las carreras, como actividad crítica tanto del acto de enseñar como del acto de aprender, no es común. Son diversos los casos en que se vive una anarquía docente que va desde las mas altas y a veces absurdas exigencias hasta la liberalidad total; no está generalizado el seguimiento del trabajo de los estudiantes y mucho menos el de los egresados; la poca existencia de planes institucionales y orgánicos de vinculación con el mercado laboral es una constante.

Pese a todo lo anterior, son muchos, quizás la mayoría de los docentes quienes, dedican horas a preparar y dar las clases, a corregir exámenes, a ofrecer consulta a sus estudiantes. Pero, institucionalmente se hace necesario sacar más provecho de esas acciones. Se necesita claridad de propósito, apoyo, formación y estímulo. Una gestión del Vicerrectorado Académico debe atender sistemáticamente la problemática planteada, en procura del pleno y necesario desarrollo del pregrado. En ello estaré empeñado, si el Claustro de la ULA mayoritariamente así lo decide y me elige Vicerrector Académico.